



Nicolás Morales Thomas*

Lavar baños

Lavar baños. Sí, en efecto, llevaba dos décadas sin hacerlo, desde los treinta años, cuando pasé a ser un asalariado. Eso gracias al acompañamiento de fantásticas mujeres, una de la cuales se pensionó hace ya una década. Pero obvio, por estos días volví a la tarea. Por supuesto, en dos décadas habré lavado una que otra vez el baño. En una finca o en un apartamento prestado, en alguna vacación de navidad, pero fueron contadas veces. Trazo los caminos de la memoria de algo tan importante y a la vez tan anodino. Y ahí está mi servicio militar. Gracias al confinamiento y al hecho de volver a lavar baños recordé fragmentos completos con muchas texturas de mis años de soldado. Entre 1989 y 1990 lo hice las veces que fue necesario; lavar grandes extensiones de baterías de baños que encontré siempre en el mismo estado: desastroso. No podía ser de otra forma, era una compañía de más de 200 soldados, jóvenes y vigorosos. Pues bien, las descripciones serán siempre pocas para entender el desafío. El punto era pensar estratégicamente: cuándo el agua, dónde el jabón y qué tanto debes meter la mano (por cierto, muy pocos productos de limpieza nos daban).

Dos veces lo hice con rabia. La primera por mi pésimo resultado en mis pruebas de atletismo militar (cuatro días seguidos lavando) y la segunda por recordar, con algo de impertinencia, a un oficial que la Constitución del 86 garantizaba el equilibrio de los poderes, pues el pobre no tenía ni idea. Esa última me valió una semana. Lavar el baño era un castigo por saber qué decía ese articulado tan conservador.

La prueba de fuego, y eso lo tengo claro, fue lavar los baños en un batallón en Barrancabermeja llamado el Nueva Granada. Y lo fue porque casi no había agua. Nunca entendí cómo mi compañía no enfermó de difteria. Incluso recuerdo una semana completa sin un solo día de agua. Fue cuando varios decidimos que nuestro baño sería un pequeño bosque aledaño a la pista donde desembarcaban los aviones con soldados heridos en la época de la expansión del paramilitarismo contra la guerrilla en el Magdalena Medio. Lavar esos baños sí que exigía inteligencia, método, claridad. Un soldado de Cúcuta me mostró que el agua no siempre es necesaria. Él venía de un pueblo sin acueducto y me mostró el poder de

* Político. Editor y columnista.

unas hojas de árbol que limpiaban, no siempre con ideales resultados. Fue duro, pero entendí eso del lujo del agua.

Por supuesto, lavé mucho mi baño en París cuando fui a estudiar sociología. Tal vez no tantas veces como hubieran querido las amigas de mi madre que alguna vez le pidieron prestado mi cuarto para no pagar hotel, y que a renglón seguido le sapiaron a la señora Thomas mi incapacidad de mantener correctamente un baño. Los discursos por teléfono de mi madre eran más o menos siempre los mismos: “las mujeres han hecho esa tarea toda la vida, ¿y las has oído quejarse?”. Los amigos que yo alojé, en cambio, nunca dijeron nada porque, supongo, no esperaban mucho de un estudiante en París. Y los franceses no lavan tanto el baño pues no hay tiempo ni tanta ayuda doméstica. Por cierto, en Colombia es -en cambio- una exigencia compulsiva, algo exagerada lo de limpiar baños. Casi es una prueba civilizatoria. En fin, el caso es que yo tenía mucho tiempo y París era una fiesta. Y ya cuando no había más remedio, lavaba el baño.

Lavar el baño. Hoy lo he vuelto a hacer con mejor técnica. Los productos son más sofisticados. Hay tiempo por estos días. No me desagrada en lo más mínimo. Es una tarea puntual y ya; me permite moverme. Claro, en estas épocas de encerramiento el discurso feminista de la doble jornada laboral de las mujeres -que ya tiene muchos años- toma total relevancia. Pienso en las mujeres que me han ayudado en casa por años y pienso que así como lavan mi baño, por la noche llegan a su casa a lavar el de ellas. Por eso tal vez esta sea una época que reequilibra fuerzas. La cosa es que disparó mi memoria de algo que el 90 % de los colombianos -y sobre todo colombianas- hacen a diario y los que tienen agua. Sin recompensa. Sin sentirse héroes. Sin intelectualizar ligeramente y sin una merecida cerveza que me tomo hoy.